

Apresados, rechazaron convertirse al Islam

Los 800 mártires de Otranto, asesinados por los otomanos en 1480, declarados santos

"Estamos dispuestos a morir mil veces por Cristo"



El domingo 12 de mayo fueron proclamados santos por el Papa Francisco los ochocientos mártires asesinados en el siglo XVI por los musulmanes del imperio otomano.

Se trata de Antonio Primaldo y sus 800 compañeros. Antonio Primaldo es el único nombre que se transmitió de los ochocientos desconocidos pescadores, artesanos, pastores y agricultores de la pequeña ciudad italiana de Otranto, en la Apulia, cuya sangre, hace cinco siglos, fue esparcida sólo porque eran cristianos, en una incursión del ejército otomano el 29 de julio de 1480.

Ese día, a primeras horas de la mañana, desde las murallas de Otranto se hizo

visible en el horizonte una flota de 90 galeras, 15 mahonas y 48 galeotas, con 18 mil soldados a bordo. La armada era guiada por el bajá Agometh, que estaba a las órdenes de Mahoma II, llamado Fatih, el Conquistador, o sea el sultán que en 1451, apenas a los 21 años, había ascendido a jefe de la tribu de los otomanos.

En 1453, guiando un ejército de 260 mil turcos, Mahoma II conquistó Bizancio, la "segunda Roma", y desde entonces abrigaba el proyecto de llegar a la Roma primera y transformar la Basílica de San Pedro en establo para sus caballos.

En junio de 1480 juzgó maduro el tiempo para completar la obra: quitó el asedio a Rodas, defendida con coraje por sus caballeros, y dirigió su flota hacia el mar Adriático. Otranto era —y es— la ciudad más oriental de Italia. La importancia de su puerto le había hecho asumir el papel de puente entre oriente y occidente.

Circundado por el asedio, el castillo, dentro de cuyas murallas se habían refugiado todos los habitantes del barrio, el bajá Agometh, a través de un mensajero, propone que se rindan con condiciones ventajosas: si no resisten, los hombres y las mujeres serán dejados libres y no recibirán ninguna injuria. La respuesta llega de uno de los notables

de la ciudad, Ladislao De Marco: hace saber que si los asediantes quieren Otranto deberán tomarla con las armas.

Al embajador se le ordena no regresar más, y cuando llega el segundo mensajero con la misma propuesta de que se rindan, es atravesado por las flechas. Para despejar toda equivocación, los capitanes toman las llaves de las puertas de la ciudad y en modo visible, desde una torre, las lanzan al mar, en presencia del pueblo. Durante la noche, buena parte de los soldados de la guarnición se descuelga de los muros de la ciudad con sogas y escapa. Para defender Otranto quedan sólo sus habitantes.

* * *

El asedio que sigue es un martilleo: las bombardas turcas derriban la ciudad, centenares de gruesas piedras (muchas son todavía hoy visibles por las calles del centro histórico de la ciudad). Después de quince días, al amanecer del 12 de agosto, los otomanos concentran el fuego contra uno de los puntos más débiles de las murallas, abren una brecha, irrumpen en las calles, masacran a quien se le ponga a tiro, llegan a la catedral, en la cual muchos se han refugiado. Derriban la puerta y se esparcen en el templo, alcanzan al arzobispo Stefano, que estaba con los atuendos pontificales y con el crucifijo en mano. A ser intimado de no nombrar más a Cristo, ya que desde aquel momento mandaba Mahoma, el arzobispo responde exhortando a los asaltantes a la conversión, y por esto se le corta la cabeza con una cimitarra.

El 13 de agosto Agometh pide y obtiene la lista de los habitantes capturados, exceptuando a las mujeres y los muchachos menores de 15 años.

* * *

Así lo cuenta Saverio de Marco en la "Compendiosa historia de los ochocientos mártires de Otranto" publicada en el 1905:

*"En número de cerca ochocientos fueron presentados al bajá que tenía a su lados a un cura miserable, nativo de Calabria, de nombre Giovanni, apostata de la fe. Este empleó su satánica elocuencia con el fin de persuadir a los cristianos que, abandonando a Cristo abrazaran el islamismo, seguros de que la buena gracia de Agometh, quien los habría dejado con vida, con el sostenimiento y todos los bienes de los que gozaban en la patria; en caso contrario serían todos asesinados. Entre aquellos héroes hubo uno de nombre Antonio Primaldo, sastre de profesión, avanzado de edad, pero lleno de religión y de fervor. Este respondió a nombre de todos: **"Todos queremos creer en Jesucristo, Hijo de Dios, y estar dispuestos a morir mil veces por Él"**.*

Agometh decreta la condena a muerte de todos los 800 prisioneros.

A la mañana siguiente estos son conducidos con sogas al cuello y con las manos atadas a la espalda a la colina de la Minerva, pocos cientos de metros fuera de la ciudad.

Repitieron todos la profesión de fe y la generosa respuesta dada antes; por lo que el tirano ordenó que se procediese a la decapitación y, antes que a los otros, fuese cortada la cabeza al viejo Primaldo.

Éste le resultaba muy odioso porque no dejaba de hacer de apóstol entre los suyos, más aún, antes de inclinar la cabeza sobre la roca, **afirmaba a sus compañeros que veía el cielo abierto y los ángeles animando;** que se mantuvieran fuertes en la fe y que mirasen el cielo ya abierto para recibirlos.

Dobló la frente, **se le cortó la cabeza, pero se dice que el cuerpo se puso de pie:** y a pesar de los esfuerzos de los asesinos, permaneció erguido inmóvil, hasta que todos fueron decapitados.

El prodigio evidentemente estrepitoso habría sido una lección para la salvación de los musulmanes. Un solo verdugo de nombre Berlabei, valerosamente creyó en el milagro y, declarándose en alta voz cristiano, fue empalado.

El sacrificio de los ochocientos de Otranto no es importante solamente en el plano de la fe. Las dos semanas de resistencia de la ciudad le permitieron al ejército del rey de Nápoles organizarse y acercarse a aquellos lugares, impidiendo así a los 18 mil otomanos invadir la región de Puglia por entero.

Los cronistas de la época no exageran al afirmar que la salvación de Italia meridional fue garantizada por Otranto: y no sólo eso, si es que es verdad que la noticia de la toma de la ciudad inicialmente había inducido al pontífice entonces reinante, Sixto IV, a programar su traslado a Avignon, por el temor a que los otomanos se acercasen a Roma.

Benedicto XVI firmó el 20 de diciembre de 2012 el decreto con el cual se reconoce un milagro gracias a la intercesión de este grupo de mártires.

